

vos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. Esta práctica, está pues, autorizada por la tradición de todos los siglos; y por consiguiente, apoyada sobre los fundamentos mismos de la religion.

Adicion.—Marción, heresiarca, tanto mas seductor, quanto en la apariencia se oponia su doctrina á la de todos los que hasta entonces se habian separado de la Iglesia, habia tenido en Roma mucho séquito; obligaba á sus sectarios á abstenerse de carne y de vino, y á practicar rigurosos ayunos: condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fué invención suya, aunque despues la adoptaron los maniqueos. Con esta afectacion procuraba ocultar el motivo de su vergonzosa apostasia. Era hijo de un santo obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y como en Roma se aprobó la conducta del obispo, amenazó con despecho, que habia de perseguir una religion donde, segun él decia, se le trataba con tanto rigor. Abrazó los extravagantes y sacrilegos principios de Cerdon, sobre la naturaleza y division de la divinidad. Apeles, su discípulo, precipitado como él en la heregia por un pecado deshonesto, del que no quiso sufrir la debida penitencia, le imitó igualmente en sus errores. Enseñaba con Marcion, que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; el malo criado por el bueno. Por lo que hace á Nuestro Señor Jesucristo, decia que no habia tenido una carne real y verdadera, sino un cuerpo celeste y aereo. Negaba la resurreccion de la carne. A las almas atribuía la diversidad de sexos: publicaba como revelacion los delirios de Filumena, muger que se cree estaba endemoniada. Pocio, Basílico y Cíneros, siguieron igualmente á Marcion. Rodon, doctor ortodoxo, estrechó tan vivamente á Apeles en la disputa, que le hizo conocer los errores de su doctrina; mas por no confesarse vencido, le contestó, que no se debía examinar la religion, y que cada uno podia persistir en la suya. Marcion, encontrando en Roma á San Policarpo, preguntó al santo si le conocia: te conozco, le respondió, por primogénito de Satanás.

(AÑO 174 DE JESUCRISTO.)

LEGION FULMINANTE.

EL emperador Marco Aurelio hizo cesar estas persecuciones, con motivo de un favor singular que recibió del cielo, por la mezcla de los soldados cristianos que servian en su ejército; pues tanto los campos como las ciudades y campiñas, estaban llenas de cristianos. Dios se servia de los soldados romanos como de misioneros, para llevar la religion hasta los paises mas remotos, á donde ellos eran enviados para servicio del estado, y hacia algunas veces milagros por medio de los cristianos, en su favor. El que obró por las oraciones de la legion fulminante, fué muy esclarecido. El emperador hacia la guerra á los Sarmientos y á otros pueblos de la Germania. El ejército romano se encontró comprometido en las montañas áridas de Boemia, y rodeado de pueblos bárbaros superiores á ellos en número. Era la fuerza del estío, y hacia un calor excesivo, y no habia agua en aquel lugar. Los romanos estaban en peligro de perecer por la sed. En esta tribulacion, los cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervorosas súplicas delante del enemigo que se burlaba de ellos; pero de improviso, el cielo se nubló y llovió con abundancia en el lado donde estaban los romanos. Al principio te-


nian la cabeza levantada y recibian la agua en la boca; ¡tal era la sed que los oprimia! despues llenaron sus cascos y bebieron abundantemente ellos y sus caballos. Los bárbaros creyeron que este momento era favorable para atacarlos, y mientras que los veian ocupados en satisfacer su ardiente sed, se preparaban para caer sobre ellos; pero el cielo, sirviendo de escudo á los romanos, hizo caer sobre sus enemigos un formidable granizo mezclado de rayos que despedazaban sus batallones, mientras que las tropas de Marco Aurelio eran rociadas con una lluvia suave y consoladora. Este prodigio dió la victoria á los romanos. Los bárbaros arrojaron sus armas y vinieron á buscar un asilo en medio de sus enemigos, para ponerse al abrigo de la tempestad que assolaba su campo. Todos consideraron tal suceso como milagroso. Las tropas cristianas que habian obtenido del cielo este favor, fueron llamadas la legion fulminante, ó incorporadas á la que ya tenia este nombre. El mismo emperador escribió al senado este suceso. El historiador Eusebio refiere, que Marco Aurelio decia en esta carta, que su armada estando espuesta á perecer, se habia salvado por las oraciones de los cristianos. El emperador tomando en favor de ellos las disposiciones mas favorables, mandó que se les tratase con menos rigor; y prohibió que se les persiguiese por causa de su religion. Para perpetuar la memoria de este prodigio, se levantó en Roma un monumento perpetuo, que aun hoy se vé allí la representacion de este suceso, de bajo relieve, en la columna antoniana, erigida en aquel tiempo. Los romanos se representaban allí con las armas en las manos, entre los bár-

baros, que se veian tendidos por tierra con sus caballos; y sobre ellos caian unas lluvias mezcladas de rayos y centellas, que parecia que los confundian. Con este motivo la armada dió á Marco Aurelio el título de Emperador, por séptima vez; y aunque no acostumbraba á recibir títulos antes que el senado lo hubiese ordenado, recibió entonces este como enviado del Cielo.

Adicion. = Montano, eunuco, natural del pueblo de Ardabán, en la Frigia, deseaba con ardor el Episcopado: indignado por haber sido escluido aunque tan justamente, de esta dignidad, y arrebatado de furor, comenzó á profetizar cosas del todo extraordinarias y ridiculas, á las que unos rústicos Frigios, sea por adulacion ó por ignorancia, dieron el nombre de profecias: esta opinion que tanto lisonjeaba su vanidad, le movió á forjar la secta, á cuyos secuaces dió el nombre de *montanistas*. Montano se preferia á todos los Profetas y á los santos Apóstoles: decia que él era el parácito prometido por el Redemptor, que venia á salvar al mundo por no haberlo podido hacer Dios con la encarnacion del Verbo. Juntáronse al seductor dos mugeres perdidas y endemoniadas como él. Muchos Santos Obispos quisieron espeler los demonios que las poseian, pero con sagacidad no lo permitieron sus partidarios codiciosos. Varias asambleas eclesiásticas en la Asia, declararon herege á Montano, y lo arrojaron de la Iglesia. Se tiene por cierto, que él y Macsimila se ahorcaron con sus propias manos. No se estinguió su secta hasta muchos años despues de su muerte. Sedajo á años hombres doctos que antes habian hecho servicios á la Iglesia, y esta heregia se dividió en una multitud de ramas diferentes por los años 174 hasta 179.

(AÑO 177 DE JESUCRISTO.)

PERSECUCION EN LAS GALIAS.

 PENAS habian pasado tres años despues del milagro de la Legion fulminante, quando volvió á tomarse con ardor la persecucion; bajo el nombre y

autoridad de Marco Aurelio, sea porque pasado este tiempo se le hubiese persuadido que aquel prodigio era debido á sus dioses, sea por el ciego furor de los pueblos, ó por el odio de los oficiales romanos, que cuando querian, hacian revivir los antiguos edictos. Esta nueva tempestad estalló principalmente en Leon. Se creía que la fé habia sido llevada allí, y que San Teofimo, primer obispo de Arlés, habia sido enviado á ese punto por San Pedro, desde donde el don de la fé se comunicaba á las provincias vecinas. Los progresos rápidos del Evangelio en esta comarca, escitaron la rabia de los idólatras: se comenzó por hacer aborrecibles á los cristianos, imputándoles los mas grandes crímenes: se les prohibió concurrir á los mercados y edificios públicos. Estas vejaciones eran acompañadas de toda clase de ultrages: en cualquier parte que se presentaban, les arrojaban piedras, los estropeaban y les llevaban á presencia de los magistrados. Los pormenores de esta persecucion, se encuentran en una carta interesante, que los fieles de Leon escribieron á los de Asia. Los que de entre nosotros fueron interrogados, (dicen ellos) sobre la religion, la confesaron con valor, y se les puso en una estrecha prision, hasta la llegada del presidente, que ya se esperaba. Habiendo éste llegado á Leon, algunos dias despues, les hizo llevar á su tribunal, y este juez apasionado, los trató con tanta dureza, que un jóven llamado Epágato, que estaba presente, no pudo reprimir su indignacion. Él era cristiano, y amaba á Dios de todo corazon: tenia igualmente una ardiente caridad con sus prójimos: sus costumbres eran puras, y su vida austéra, aunque estaba aun

en la edad de las pasiones: seguia el camino del Señor, y cumplia sus preceptos, siempre pronto á servir á Dios, á la Iglesia y al prójimo: siempre animado del celo de la gloria de su Señor, siempre lleno de fervor por la salud de sus hermanos. Suplicó, pues, que le fuese permitido hablar una palabra para defender la inocencia de los cristianos; ofreciendo patentizar, que la acusacion de impíos é irreligiosos con que se les abrumaba, no era sino una pura calumnia; pero al momento se oyeron contra él mil voces al derredor del tribunal. El juez por su parte, ofendido de la peticion que habia hecho, para hablar en favor de los acusados, le preguntó, si era cristiano él; y Epágato lo confesó en alta voz; y al instante fué puesto en el número de los mártires. El juez le dió por mofa el glorioso nombre de *abogado de los cristianos*: haciendo de este modo, sin pensar en ello, su elogio con una sola palabra. El ejemplo de Epágato animó á los otros cristianos, que públicamente se declararon por tales, é hicieron con un júbilo que resaltaba en su semblante y en el tono de su voz la pública confesion de los mártires. Entre tanto, se habia dado órden de prender al bienaventurado Pótino, obispo de Leon, que, en un cuerpo agoviado por la vejez, manifestaba los sentimientos de una alma jóven y vigorosa; y lo condujeron los soldados hasta el tribunal. El pueblo le seguia cargándole de oprobios: el santo anciano dió entonces un ilustre testimonio de la divinidad de su Maestro; porque habiéndole preguntado el presidente, quién era el Dios de los cristianos; vos le conoceriais, dijo el santo obispo, si fuerais digno de conocerle. Inmediatamente fué arranca-

45

do de aquel lugar, arrastrado con violencia, y lleno de golpes. Los que estaban inmediatos al santo anciano, lo golpeaban con piés y manos: los que estaban mas distantes, le arrojaban todo lo que podian encontrar, sin respetar su avanzada edad. Hubieran creído todos cometer una grande impiedad, si hubieran dejado de insultar al enemigo de sus dioses. Lo dejaron medio muerto las manos de estos furiosos, y lo arrojaron en una prision donde espiró dos dias despues.

Adicion.—Algunos montanistas seguian á Próculo ó Próclo, otros á Esquines, otros á una muger llamada Quintila. Estos últimos llegaron al estremo de admitir á las mugeres al sacerdocio y al episcopado. Los esquinitas añadieron á los errores de Montano, la confusion de las personas de la Trinidad, por los años 176 hasta 179. El inventor de este dogma impio, fué Prajéas, y despues le enseñó Sabélio, con mayor celebridad y escándalo. Teodóto de Bizancio renovó las impiedades de Cerintho y Ebion contra el Verbo encarnado, para cohonestar su ignominiosa apostasia; pues para librarse de la prision que con otros muchos cristianos padecía, negó la fé, y publicaba que no habia renegado de Dios, sino de un hombre, cual es Jesucristo, que nada tiene de divino. Hubo tambien otro Teodóto, posterior al de Bizancio, que enseñaba la misma doctrina respecto de Jesucristo, y aun añadía, que le era superior Melquisedec, por cuyo ridiculo sistema, tomaron el nombre sus discípulos de melquisedequianos.

Hermógenes, poco despues, casi por el año de 179, predicaba las mas estravagantes especies en Africa; mas su principal error consistía en decir, que el alma del hombre es un fuego ó aire sutil, creado por los ángeles, ó mas bien formado de otra sustancia preexistente; por consiguiente defectible, y no inmortal.

TORMENTOS QUE SUFRIERON LOS SANTOS MARTIRES.

SE unieron despues el furor del magistrado y del pueblo contra la persona de Sancto, diácono de la iglesia de Leon, de Maturo, que no era aun sino

neófito de Atalo, y de una niña llamada Blandina, que era esclava. La estrema delicadeza de Blandina, hacia temer que no tuviese el valor necesario para confesar; pero la fortaleza valerosa de esta jóven, admiró á todos los asistentes, y cansó á los verdugos, que uno despues de otro la atormentaron, desde por la mañana hasta en la tarde. Despues de haber agotado sobre su cuerpo todo lo que la crueldad puede inventar de variedad de tormentos, se vieron precisados á ceder, y á confesarse vencidos por una niña de pocos años; y no podian concebir como ella respiraba aun: uno solo de los tormentos que habia sufrido, era mas que suficiente, para haberla hecho morir; pero esta admirable niña, cuando se le cambiaba de suplicio, se rehacia de nuevas fuerzas. Las manifestaciones de amor que ella daba á Jesucristo, parecian reanimarla: su consuelo y su reposo lo encontraba en decir: *Yo soy cristiana*; nada malo se hace entre nosotros. El diácono Sancto, sufrió tambien increíbles tormentos. Los paganos esperaban hacerle proferir alguna palabra indigna de él; pero tuvo suficiente constancia para no decir su nombre, ni su patria; ni su clase; á todas las preguntas que le hicieron, no respondió sino estas palabras: *Yo soy cristiano*. Su firmeza irritó al presidente y á los ejecutores; despues de los tormentos comunes, se hicieron enrojecer al fuego láminas de cobre, y se le aplicaron á los puntos mas sensibles y delicados del cuerpo. El santo mártir sentía arder su carne, sin hacer el menor movimiento, y sin manifestar la mas pequeña señal de dolores. Los verdugos le dejaron cuando todo su cuerpo estaba ya convertido en una lla-

ga: apenas podian ya distinguirse en él algunos rasgos de la forma humana: todos sus miembros estaban contraidos ó mutilados, ó no ocupaban ya su sitio natural; pero este cuerpo tan desfigurado como se hallaba, era un objeto de admiracion: él estaba animado por Jesucristo, que hacia en él maravillas dignas de su Omnipotencia, y que usaba de estos restos informes para confundir al tirano, para convencer al demonio y destruir su imperio. Se veia sensiblemente que el amor de Dios cuando es vivo y perfecto, vence todo temor y hace insensibles los tormentos. Enfurecidos los verdugos, habian vuelto á tomar al santo mártir para atormentarlo de nuevo: creian que iban ya á abatir su constancia, volviendo á abrir de nuevo sus llagas aun inflamadas, volviendo á poner en ellas el hierro y el fuego tan encendidos, que apenas podian sufrirse un solo instante en la mano; pero quedaron burlados; pues por un efecto manifesto del divino poder, los nuevos tormentos sirvieron de remedio á las llagas que los primeros habian hecho: y el cuerpo del santo mártir quedó enteramente curado. Habiendo sido inútiles estos diversos tormentos, se encerró á los santos mártires en un oscuro calabozo, y se les pusieron en los pies unas trabas: eran estas una máquina de madera, que tenia las piernas de los mártires violentamente separadas. En este estado, el mas horrible que puede imaginarse, los verdugos enfurecidos por haberse visto tan frecuentemente vencidos por unos hombres moribundos, reunian contra ellos todo lo que el arte de atormentar les habia enseñado: este último tormento fué tan terrible, que muchos murieron en él. Dios lo permitió

así para su gloria; pero conservó á los otros, volvió la salud á sus cuerpos y aumentó la fuerza de sus almas, para nuevos combates. Aunque hubiesen sido privados de todos los socorros humanos, fueron de tal modo fortificados, que consolaron y dieron ánimo á los que estaban presentes.

HUMILDAD DE LOS SANTOS MARTIRES.

EN TRE todas las virtudes que brillaban en estos santos mártires, era aun mas admirable su profunda humildad: aunque hubiesen ellos confesado muchas veces á Jesucristo, aunque hubiesen sufrido con constancia los mas horribles tormentos, y llevasen sobre sus cuerpos las señales mas gloriosas de su victoria, no creian merecer aun el nombre de mártires, ni podian sufrir que se les diese este título. Cuando se nos escapaba, dicen los autores de esta relacion, llamarlos mártires en las conversaciones, ó cuando ellos recibian cartas que llevaran tal inscripcion, se affligian visiblemente y no podian dejar de hacernos moderadas, pero sinceras reconvencciones. Este nombre glorioso nos decian, no conviene sino á los que han acabado su carrera, y que Jesucristo ha recibido en el momento de su confesion; pero no á viles criaturas como nosotros; y estrechando nuestras manos y roceándolas con sus lágrimas, nos suplicaban que les alcanzásemos por nuestros ruegos, la gracia de terminar felizmente

sus trabajos: ellos poseian, no obstante, todas las virtudes de los mártires: su dulzura, su paciencia, y sobre todo, su generosa firmeza que los sobreponia á todo temor; y los hacia dignos de este nombre que rehusaban. La caridad no reinaba menos en su corazon, que la humildad sobre su espíritu: ponian todo su estudio y aplicacion en imitar la caridad de Jesucristo, y en formar sus sentimientos conformes á los de este Divino Salvador que ha amado á los hombres hasta morir por ellos: ellos perdonaban como él, á sus enemigos, y dirigian á Dios fervientes súplicas en favor de los que les perseguian: á nadie condenaban: con todo el mundo eran indulgentes, y particularmente con los pecadores que recurrían á la penitencia. Algunos por el temor de los tormentos habian sucumbido en el primer interrogatorio; y sin embargo, se les habia puesto en la misma prision, en donde estaban los santos mártires. No se les vió manifestar un celo austero para con estos débiles cristianos; antes bien, dándoles la mano para ayudarles á levantarse, les manifestaban los sentimientos de una tierna y compasiva madre, y con torrentes de lágrimas que derramaban en la presencia del Señor, obtuvieron de su misericordia infinita, el perdon de sus hermanos. En efecto, los que habian sido vencidos, reconocieron su falta, y la repararon despues por una valerosa confesion. Su arrepentimiento no fué menos glorioso á Jesucristo, que sensible á los paganos; porque en el interrogatorio que sufrieron segunda vez, (pero separadamente y solo por ceremonia, como que ya entonces debian ser puestos en libertad) quedó el juez sorprendido al oirlos confesar á Jesucristo; satisfa-

cieron asimismo su resolucion por un fervoroso cristiano llamado Alejandro, médico de profesion, que se habia llegado al tribunal, y que por repetidas señas los ecshortaba á permanecer firmes en la fé. Habiendo notado esto el pueblo, y furioso de ver que los que ya habian renunciado la fé, volvian á ella y la confesaban con valor; convirtió su ira contra Alejandro, y lo denunció al presidente. Este magistrado le preguntó quién era: Alejandro, respondió, soy cristiano. A causa de esta respuesta fué puesto en el número de los mártires; y habiendo sido condenado á las fieras, recibió una nueva corona.


ULTIMO COMBATE DE LOS MARTIRES.

DESPUES de haber dejado á los santos mártires en la prision por algunos dias, se les hizo salir para efectuar la sentencia que los condenaba á diversos géneros de muerte. Maturo, Sancto, Blandina y Atalo, se destinaron al anfiteatro, y se escogió un dia en que al pueblo se daba un espectáculo. Despues de haberles hecho sufrir nuevamente los tormentos que servian como de ensayo á su suplicio, fueron entregados á las fieras, que parece habian depuesto su furor. Entonces el pueblo pidió que obligasen á Maturo y á Sancto á sentarse en una silla de hierro enrojecida al fuego. Como vieron que despues de estos diversos tormentos respiraban aun todavía, se vieron en la necesidad de terminar sus sufrimientos al filo de la espada, cuyo golpe re-

cibieron en la garganta. Blandina habia sido atada á un poste, con los brazos estendidos, y la vista de la santa que representaba al Señor en la cruz, sostuvo el valor y constancia de los mártires. Como las fieras no se habian atrevido á tocarla, se reservó para el dia siguiente; pero el pueblo irritado pidió á Atalo, que era muy conocido. Se le hizo dar vuelta al anfiteatro, llevando delante de él un cartel en que se leian estas palabras: *Atalo, cristiano*. Bramaban los paganos contra él, y no cesaban de pedir su muerte; pero el presidente habiendo entendido que era ciudadano romano, lo volvió á la prision con otros mártires, esperando la respuesta del emperador, á quien escribió sobre este asunto. El emperador respondió que era preciso hacer morir á todos aquellos que persistiesen en confesar á Jesucristo; y poner en libertad á todos los que le renunciasen. El presidente, entonces sentado en su tribunal, hizo comparecer á los prisioneros, y nuevamente les preguntó. Todos ellos perseveraron en su confesion y la sentencia fué pronunciada. Al dia siguiente el médico Alejandro fué conducido al anfiteatro con Atalo, á quien el juez por complacer al pueblo, habia condenado al mismo suplicio, sin embargo de ser ciudadano romano. Uno y otro, despues de haber sufrido los tormentos ordinarios, fueron degollados. El último dia de los espectáculos, presentaron á Blandina junta con un jóven cristiano llamado Póntico, de edad de quince años. Se les aplicó toda suerte de tormentos, sin atender á la edad corta del uno, ni al débil seco de la otra. Ellos permanecieron firmes en la fé, y caminaban á la muerte con mas gozo que si fuesen

á un festín. El jóven consumó primero su sacrificio, y Blandina quedó sola en la palestra. La ataron con un cordel y la espusieron á un toro enfurecido, que la golpeó por largo tiempo; pero la esperanza de una vida eterna, y su amor á Dios, la hacian insensible. Como una víctima, en fin, pura y obediente, ofreció la garganta al cuchillo, que la inmoló al Dios que adoraba. A juicio de los paganos mismos, jamás muger alguna habia sufrido tormentos tan crueles y multiplicados. La rabia de sus perseguidores no habia cesado; ella se ejerció sobre los mismos cadáveres: aquellos hombres que habian perdido todo sentimiento de humanidad, entregaron á los perros los cuerpos de los santos mártires: despues recogieron todos los restos esparcidos, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano. Todas estas persecuciones fueron inútiles contra el poder del Señor. Despues se conoció por revelacion, el parage en donde las cenizas estaban reunidas: las que se recogieron con respeto y se colocaron bajo el altar de la Iglesia, que se erigió en honor de los santos Apóstoles, que el dia de hoy se llama con el nombre de San Nizier. Estos santos mártires ascendian al número de cuarenta y ocho, y sus nombres se han conservado.

MARTIRIO DE SAN EPIPODIO Y SAN ALEJANDRO.

——

LA sangre de tantos mártires no habia podido extinguir el fuego de la persecucion. Un gran nú-